

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)  
 Por un mes. . . . . 4 reales.  
 Por tres id. . . . . 11 »  
 Por un año. . . . . 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al ADMINISTRADOR DE GIL BLAS.

Director: ROBERTO ROBERT.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 15 reales.  
 Por seis id. . . . . 28 »  
 Por un año. . . . . 50 »  
 EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »  
 ULTRANAR.—Un año. . . . . 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, jueves y domingos.

Administración y Redacción, Huertas, 82, pral.

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: FRANCISCO ORTEGO.

Crónica.

Presupuestos, gracias al ejército, entrada y salida de la duquesa de Montpensier, granizo, toros, coque-terías y dulces desdenes entre las fracciones ministeriales, reuniones de diputados y senadores, en las que elocuentemente se convencen unos á otros de que no hay dinero para emprender obras en sus respectivas provincias; reclamaciones sobre el impuesto de bebidas, un poco sobre los bandidos de París, otro poco sobre los foragidos de París, algo sobre los monstruos de París... ¡Qué sé yo cuánto de forraje entra en la crónica del día!

Y aun no he dicho la menor parte.

Los ex-reyes de Nápoles han ido á Suiza á conocer á doña Isabel de Borbon; esta, segun dicen, se ha reconciliado con su hermana doña Luisa Fernanda; los Borbones de Francia se acercan unos á otros, creyendo sin duda que junta de rabadanes va á ser muerte de ovejas.

Este refran me recuerda otro: A rio revuelto... No quiero decir quién me parece el pescador, pero véanlo Vds.: mientras el demagogo Gonzalez Brabo se afilia á la bandera del absolutismo en España, el cardenal Bonaparte baja en Roma de su carruaje, y se confunde con los grupos de una manifestacion republicana.

Si no nos estuviese vedado atribuir torcidas intenciones, así al ex-demagogo español, como al cardenal francés, incurriríamos en la vulgaridad de hacer aplicaciones del refran.

¡Cuando veo lo que hacen los grandes hombres y los príncipes para alcanzar el poder y el tono que se dan desde lo alto!...

Luis Bonaparte, despues de sus algaradas en Boloña y Strasburgo y su golpe de Estado, se llama emperador por la gracia de Dios.

Luis Felipe andaba á pié y con el paraguas debajo del brazo para prepararse un monstruoso presupuesto.

Así las familias pobres y vanidosas madrugan y van al Rastro á regatear muebles que despues dicen haberles costado un dineral en la fábrica.

Pero esto no es crónica ni cosa que se le parezca. Crónica es, por ejemplo, decir que la Asociacion hispano-lusitana crece en importancia.

Crónica es decir que pronto tendremos la dicha de haber emitido 600 millones más de deuda.

Crónica es decir que siguen la huelga de trabajadores en las provincias, y los banquetes oficiales.

¿Y qué más?

Ah, que la insurreccion de Cuba toca á aquello.

Y por si acaso hubiese algun lector que todavía se forjase ilusiones sobre la eficacia de las incompatibilidades parlamentarias, regocíjese; que el debate tradicional sobre este punto sigue boyante, y la comision encargada de la materia trabaja sin descanso.

La Correspondencia suele traer páginas curiosas durante esta temporada.

Una noticia de pedrisco y una de encomiendas; una de langosta y una de grandes cruces; una de avenidas y una de Carlos III; una de secuestros y una de Isabel la Católica.

Es curioso y será tomado en cuenta para la crónica general de esta época.

Se ha nombrado un tesorero para la Iglesia metropolitana de Zaragoza.

Respiro: que iba á llorar por el pobre clero y veo que aun tiene tesoros que guardar.

¡Gracias, Dios mio, gracias!

Roberto Robert.

ÓCIOS.

Cuando el Senado no tiene que hacer, ¿á que no saben Vds. en qué se entretiene?

No; por mucho que agucen Vds. la imaginacion, no darán con ello.

Porque Vds. dirán: ¿qué falta en España? Y como falta el jurado, como falta libertad, como falta justicia, como falta moralidad, como falta orden, como falta todo excepto el rey, dirán Vds.: «Pues en todo eso que falta se entretiene el Senado.»

Pues no señor; el Senado no se pára en esas pequeñeces.

Eso es bueno para el Congreso de Diputados, donde las cuestiones son más palpitantes, donde las discusiones son más acaloradas, las pasiones más ardientes.

¿En el Senado? ¡Ah! no; al Senado pertenecen la gravedad, la circunspeccion, la templanza.

Así es que el Senado deja al Congreso las luchas parlamentarias, y él en tanto entretiene sus ócios hablando del Papa.

¡Y qué sabrosa debe ser una discusion acerca del Papa! Porque con el Papa, obsérvenlo Vds., sucede lo que con este gobierno; y es que, por mucho que se hable de él, siempre queda algo que decir.

¡Oh! Es un asunto inagotable; pasa con esto lo que con un queso de Roquefort; empieza Vd á comerle hoy, y no le ve Vd. el fin.

Y, mire Vd., habremos de convenir en que los señores senadores parecen escogidos *ad hoc*.

Pensando cuerdamente, opino que en la minoría federal habrá algun *herejote* de esos que no faltan entre los federales; pero ¿de los demás? Demócratas católicos, progresistas católicos, unionistas católicos, moderados católicos, arzobispos católicos, carlistas católicos, en fin, católicos en todas partes.

Pues bien, ¿querrá Vd. creer que á pesar de ser ca-

tólicos los unos y los otros, aun no se han dicho los otros á los unos todo lo que hay que decir acerca del Papa?

Pues ni más ni ménos. Así es que se habla de presupuesto, y sale á relucir el Papa; se protesta contra la *Commune*, y se habla del Papa; se interpela al gobierno, y se alude al Papa; entonces, ya se sabe: «Pido la palabra para defender al Papa.»—«Y yo para decir que no he ofendido al Papa.»—«Y yo para enviar desde aquí mis simpatías al Papa.»

En fin, Papa para almorzar, Papa para comer, Papa á todas horas.

Yo no me quejo de esto, por el contrario.

Quisiera que el presidente anunciara todos los días al levantarse la sesion: «Orden del día para mañana: los asuntos pendientes y el Papa.»

Quisiera que al presentarse los candidatos á senadores se hicieran protestas de adhesion al Papa, y se ofrecieran á defenderle en el Senado.

En fin, por querer, quisiera que cada senador católico tuviera en su casa un ejemplar del Papa, de carne y hueso, por supuesto, y que le sufragara todos los gastos, á ver si así se enteraba de lo que es un Papa y se daba un hartazgo papal.

Con eso podriamos conservar ese Senado para hablar del Papa, y elegiríamos otro para hablar de lo que á la nacion interesa.

Yo me temo que un accidente cualquiera prive de su preciosa vida al fracmason Mucio Scévola, entre otras cosas, porque me temo que acabado el Papa se acabe el Senado. Bien mirado, ¿qué seria del Senado si el Papa fuera á ocupar el sillón ministerial que le tienen reservado en el quinto cielo?

Y ahora la cosa más fácil es hacer una crónica del Senado. No hay más que estereotipar este párrafo:

«Los señores obispo de Cuenca, el de Osmá, Figuerola, Rios Rosas, Mòret, etc., usaron de la palabra y hablaron del Papa.»

La verdad es que ellos así se divierten.

No les tengo envidia; tambien yo me divierto hablando del Papa.

CORZUELO.

IMPRECACION.

Pero, señor ministro *de pan y huevo*, quiero decir, señor ministro de la Gobernacion: V. E. que tanto se asusta de los excesos de la *comi.....un*; V. E., tan amigo del *óó.....rden*, ¿qué diablos de empleados tiene puestos en el ramo de Comunicaciones?

¡Quejas hoy, quejas mañana, quejas siempre! ¿Es justo esto, señor ministro, es equitativo, es razonable siquiera?

Convengo en que la *comi.....un* es detestable, sí señor; convengo en que *La Internacional* se compone de masas ignorantes, que acaso no contarán con V. E. para el ministerio de la Gobernacion; convengo en que los federales estamos desunidos; convengo en que desde las edades prehistóricas no hay noticia de ministro que pueda compararse con V. E.; convengo en todo; pero ¡por los clavos de Cristo! conven-ga V. E. conmigo en que lo que sucede con la correspondencia no está bien.

¡Ay! excelentísimo señor, estoy ya cansado de repetir: los números de *Gil Blas* no llegan con la puntualidad debida á los suscritores.

Reside en Mora, provincia de Toledo (caja número 43), un señor D. Manuel Millan y Téllez, sugeto muy apreciable, y que aun cuando otra alguna no tuviera—que sí tiene—tendría para mí la recomendable circunstancia de ser suscriptor de *Gil Blas*. Pues bien, á este señor le faltan la *mayor parte* de los números.

Pero, excelentísimo señor, ¿por qué no llegan?

Pues aguarde V. E., que por la caja núm. 36 mandamos á Moguer (provincia de Huelva) otra suscripción á D. Faustino Sanz; despues de reclamaciones sin cuento obtuvimos que se la remitiesen con alguna puntualidad, pero ahora resulta que comienzan á faltarle de nuevo.

Pero, vamos á ver: ¿qué empleados son estos, excelentísimo señor?

Pero hay más, señor ministro, hay más todavía, y aunque esto último no me ha ocurrido á mí, es como si me hubiese ocurrido.

El día 4 del corriente parece que se depositó en el buzón de la calle de la Paz una carta dirigida á un sugeto, cuyo nombre no hace ahora al caso, y que reside en Zaragoza: pues, señor mío, sabrá V. E. cómo la carta en cuestión no llegó á su destino; pero á la cuenta la casualidad providencial quiso en esta ocasión ser caritativa y dispuso—vaya V. E. á saber cómo—dispuso, repito, que en cambio de la carta extraviada llegase otra que, poco más ó menos, decía lo mismo.

Digo poco más ó menos porque, por error del copiante sin duda, en la nueva carta había un parrafito de muy pocas líneas que no estaban en el original, en las cuales se prevenía que se entregase á la vista á un D. Fulano la cantidad de *siete mil reales*, como en efecto se hizo.

Ahora bien; si el hecho es cierto, y tengo muy buenas razones para creer en su exactitud, ¿quiere V. E. decirme si estamos ya en poder de la *comi... un*, ó qué mil diablos es esto? Y V. E. perdone.

Paso por todo: que V. E. mueva mucho ó poco los brazos, que no sepa hablar sin insultar á las gentes, que disculpe la inactividad suya y la de sus allegados con los quebraderos de cabeza que las oposiciones les producen: todo, todo puede pasar; pero, hombre, y dispense V. E. que le llame así; pero, hombre, esto de que los empleados que *la nación paga* (digo, porque me parece que no es el gobierno, sino la nación la que paga á los empleados) hagan lo que mejor les parezca con la correspondencia, esto, vamos, que es insufrible.

Compréndalo así V. E. y remédiele si puede, aunque tengo yo mis sospechas de que no podrá.

Con que, señor ministro, salud, fraternidad y *Comi... un*.

A. Sanchez Perez.

## ¡EL DUQUE!

Otro de los reyes violables, discutibles y manejables es el señor duque de Montpensier.

Hablemos pues del señor duque, ya que su persona no está bajo la protectora campanilla del Sr. Olózaga.

¡Y cómo me gusta á mí el señor duque! ¡Caramba si me gusta!

Él no es rey aun; podrá estar en puerta, podrá... todo lo que Vd. quiera, pero aun no es rey.

Y, mire Vd., lo merecía; ¡oh! ¡yo creo que lo merecía! Dadas las ocupaciones que á un rey de estos de ahora competen, convengamos en que este retoño del árbol de los Borbones serviría para el caso; y más que otros, si Vd. me apura.

El va, viene, corre, llega, pasa por Madrid, duerme en Sevilla, amanece en Sanlúcar; es el movimiento continuo.

Una vez quiso estarse quieto y le suplicó el gobierno que se marchara á Portugal; regresó á España, y cuando más quietud demostraba le desterraron á las Baleares.

Sin embargo, cada movimiento del duque es causa de un estremecimiento en el gobierno.

El lo sabe, y por eso tan pronto está en Madrid como en Sevilla, como en Alhama, como en Sanlúcar, como...

¡Calculen Vds. si un hombre de este temple merecía ser rey!

¿Quiéren Vds. ver temblar á un progresista de estos que están en auge? Pues díganle al oído: «No se sabe dónde está el duque de Montpensier.»

¿Quiéren Vds. ver palidecer á un ex-montpensierista? Pues díganle: «Hombre, ¿con que viene á Madrid Montpensier? ¿Con que se va á presentar en el Congreso? ¿Con que va á hablar?»

¡Já! ¡já! ¡já! ¡já! ¡já!

(Yo me río, y me río con malicia, porque, ya ve Vd., si uno no fuera malicioso no podría escribir en el *Gil Blas*. Así es que todo lo decimos con malicia.)

Pero cuando á mí me hace más gracia el señor duque, es cuando juega á los reyes.

¡Qué amabilidad! ¡Qué dulzura! ¡Qué *nouveauté*!

Viaja en tren especial; recibe serenatas; da limosnas con toda reserva, y al otro día nos lo dice en secreto *La Correspondencia*; llega á Madrid su esposa, y al día siguiente nos pinta *La Política* el conmovedor recibimiento que se la hace...

En fin, vida real, ó más claro aun, vida de rey.

Por eso digo yo que merecía ocupar un trono. Y le ocupará; ¿qué le falta?

El tiene sus ministros, su cronista, sus periódicos, sus cortesanos; todo lo tiene preparado, todo arreglado, todo previsto.

Gobernadores para las provincias, generales para el ejército, almirantes para la marina; ¿qué más necesita?

¿No ha hecho estudios sobre el arte de gobernar? ¿No se dice católico? ¿No se hace el modesto? ¿No aparenta interesarse por España y por los españoles? ¿No se llama demócrata?

¿Qué le falta, pues? ¿Un trono?

¡Caramba! Es verdad, no me había acordado de que lo único que necesita es un trono.

Pero ¡qué demonio! ¿Tan difícil es hacerse con un trono en estos tiempos de destronamientos? Verá usted como en cuanto yo sepa de alguno que vaya á quedar vacante, se lo aviso y... nada, cosa hecha.

Si yo tuviera alguno de deshecho por mi casa, se lo regalaba.

Para ver lo que me gusta á mí el señor duque, no hay sino verme reír cuando delante de un grupo de ministeriales se da principio á una noticia diciendo:

—Pues señor, según dicen por ahí, el señor duque de Montpensier...

¡Já, já, já, já!

X.

## DE PUERTAS ADENTRO.

(Ecos de ambas Cámaras.)

Figuerola no es buen ministro de Hacienda, eso no, y ya me guardaré yo muy bien de levantarle esa calumnia; pero tiene á las veces deliciosas ocurrencias; tal es, por ejemplo, la que tuvo hace pocos días de afirmar—con cierta extrañeza—que el obispo de la Habana no descuidaba las formas cortesas y cultas que aconsejan las conveniencias: más claro, el obispo de la Habana—en concepto del Sr. Figuerola—es príncipe de la Iglesia y sin embargo está bien educado.

En mí la extrañeza sería justa y corriente; en el ex-ministro de los contratos incógnitos es sacrilega: allá se las entienda empero el Sr. Figuerola con su conciencia, que la tendrá de católico, como es uso y costumbre en nuestro país, y convengamos nosotros en que el obispo de la Habana habla con cierta cultura, y hasta me atrevería á decir con cierta razón, si no fuera mucho conceder en un solo día la existencia de un clérigo bien educado y razonable, fenómeno que no tengo noticia haya sido observado por nadie.

Pues si señor, el obispo de la Habana maldijo de la revolución y anatematizó el Código fundamental del Estado; Código que, anatematizado y todo, le ha valido para ser senador, porque todo es compatible, el anatema y la senaduría; si no, ¿de qué valdría ser príncipe de la Iglesia?

Por estas y por otras razones dijo el señor obispo que los eclesiásticos—por bien educados que fuesen—no podían jurar la Constitución, y que si el Sumo Pontífice era de distinto parecer, tanto peor para el

Sumo Pontífice: es decir, no fué esto precisamente lo que dijo, pero faltó muy poco, y algo apostaría yo á que lo había pensado y lo calló por el bien parecer y porque no se dijera.

Y en efecto, no se dijo. Ulloa y Figuerola contestaron al señor obispo, quien, abrumado con tantos honores, no acertó á replicar; sentóse pues, y creí notar en su rostro la sonrisa de satisfacción de quien dijese para sus hábitos: «Ea, ya les he sacudido fuerte: ahora, impíos, declamad, gritad, decid lo que se os antoje, que al cabo con todo lo que podáis decir nada quitais del presupuesto del clero.»

Mucho tiempo hacia que no se me proporcionaba el placer de escuchar al ministro de la Gobernación, y aunque por poco rato, aun pude divisar alguno de sus movimientos el sábado último.

Oíle decir que un individuo de la minoría republicana había estado muy desgraciado, desgracia de que hizo mérito asimismo el señor gobernador; tanto, que comenzaba yo á sentir cierta lástima hacia el desventurado Sr. Sorní; despues me tranquilizaron diciéndome que no era tanta su desgracia; parece, en efecto, que D. Práxedes ignoraba los pormenores, y aun los pormayores, de cierta fundación piadosa, y que con este motivo habló algo de la ronda de pan y huevo, que nada tiene que ver con el asunto; terminado lo cual, creyó que nada podría producir mejor efecto que un parrafito acerca de la *Commune*, y lo soltó: es ya de rigor, es de precisión absoluta; discurso de Sagasta *sin Commune*, es como antiguo redactor de *La Iberia* sin empleo.

Habló, pues, de la *Commune* y de sus horrores, y de esto y de aquello dedujo, á satisfacción de sus oyentes, que el gobierno podía cambiar el destino de la fundación piadosa.

Y es que desde las alturas del poder se ven las cosas de muy distinta manera que desde abajo se veían. Dígame Gabriel Rodríguez, que discutiendo con el republicano Lostau negó la existencia de los privilegios, y probó con el mismo Lostau que las clases jornaleras están mejor que quieren; como que llamaba la atención del Sr. Rodríguez esto de que un sombrerero supiese hablar!

¡Oh bondad inaudita de las clases privilegiadas! Permitimos que aprendan á perorar los hijos del pueblo; dejamos que el obrero se instruya, y todavía se nos pide más?

Esta consideración me hace olvidar que el ministro de la Guerra necesita un ejército de *ochenta mil hombres*, y que el *Congreso español* se lo ha concedido.

Entonces, clases mal acomodadas, ¿de qué os quejáis?

Uno.

## EL GRAN CONSEJO.

Reunidos los venerables

progresistas *marabís*,

gozando en calma de sus

chochees *inalienables*,

y por manos previsoras

dispuestos á la sesión

Prieto, Alonso y Salmeron

con cuerda para diez horas;

el presidente severo

discutir hizo este tema:

«¿Hará de Paris la quema

que se nos queme el puchero?»

Sobre tan árdua cuestión

un discurso-itinerario-

tetri-cursi-literario

hizo al punto Salmeron;

en el cual vino á probar

con argumentos no flojos,

que á la Tertulia los rojos

nunca la harán zozobrar;

pues la comparó... á la nave...

vamos... á la nave aquella,

nave que nunca se estrella

en los escollos... que él sabe.

Muy estirado y despacio

entró luego un caballero,

y exclamó el concurso entero:

«Hable usted, don Bonifacio;

el caso es extraordinario,

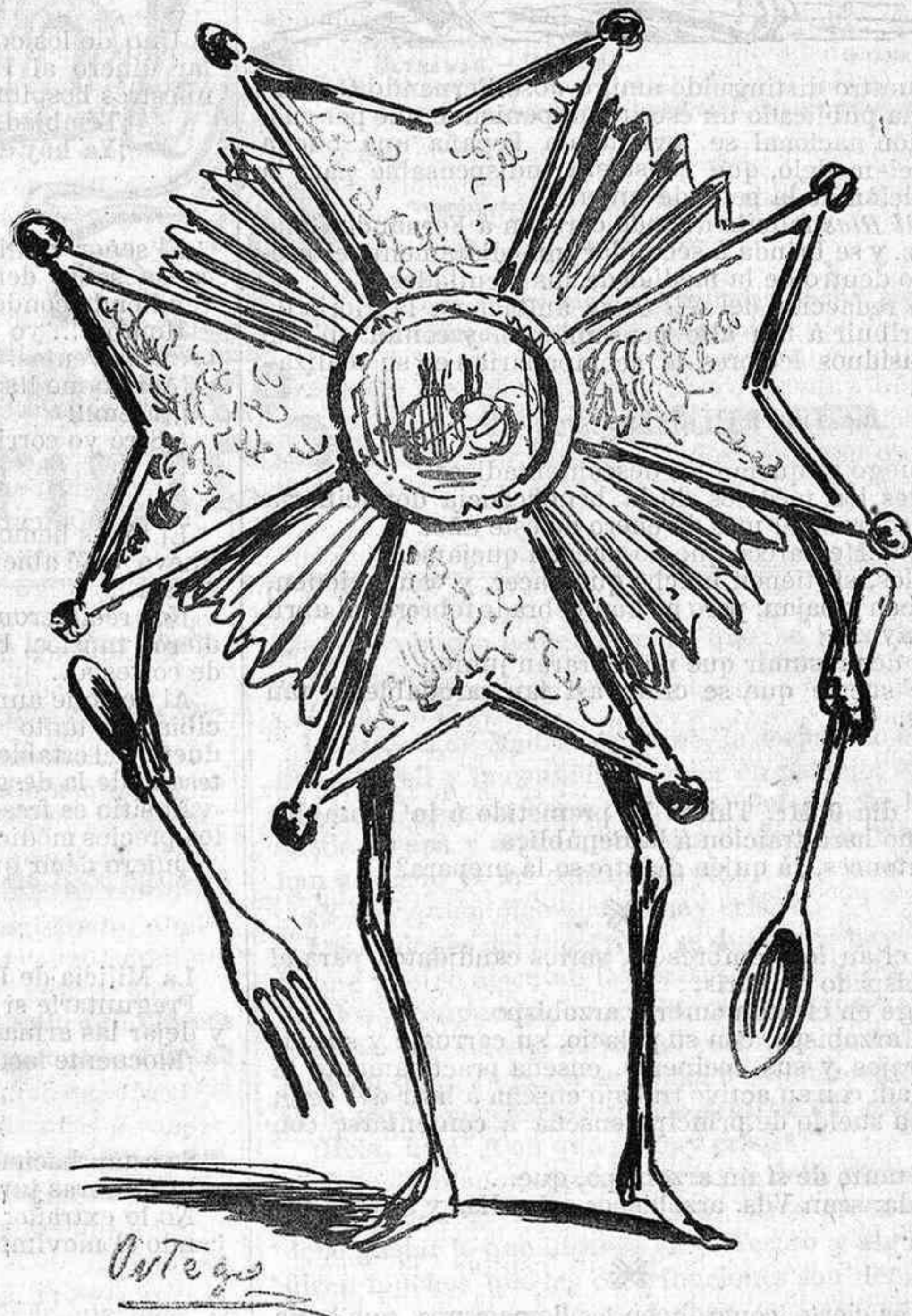
y á ello tenemos derecho,

# LOS POLÍTICOS.



CARLISTA.

Ayer =



PROGRESISTA.

Hoy = ¿Pue sera mañana?

pues para algo le hemos hecho nosotros subsecretario.»

El, deferente al concurso, ¡quién lo había de decir!

sin respirar ni escupir enjaretó este discurso:

Señores, ejem, señores;

de la Comen, la Comin,

(ó como se diga) el fin da fin á nuestros temores.

Soplando en dulce bonanza el cefrillo suave

lleva la nave... la nave... á un puerto de bienandanza;

y solo el rojo que apesta á petróleo, pez y azufre,

es quien no aguanta, no sufre una situación como esta.

Sin ella, ¡estaban medrados los hombres de nuestra casta!

Ella dió lo que á Sagasta negaron los moderados;

ella me puso en camino de aprender hasta á pensar que es más prudente *colbrar*

que decir un desatino: he dicho. «¡Muy bien hablado!»

exclamó el concurso todo.

«¡Qué diplomático modo, y qué tacto consumado!»

Prieto, discreto y concreto habló sobre el mismo asunto,

poniendo tan *claro* el punto, que en *blanco* lo dejó Prieto;

pero no pudo librarse de cierta manía grave,

y en la *consabida* nave acabó por embarcarse.

A bordó Alonso y de palmas y de abrazos hubo *ronda*, y la alegría más honda dominó en todas las almas.

MICALÉ.

## ¡¡HABLÓ LOSTAU!!

Los periódicos monárquicos, sin distincion de colores, fachas y tamaños, vienen estos dias armando una algazara espantosa con motivo de la discusion ocurrida en la sesion del Congreso del pasado lúnes.

Doy mil gracias á mi correligionario Lostau por haberme proporcionado este placer.

Porque Lostau ha sido el autor de esta polvareda, y un placer inmenso el efecto que en mí ha producido.

Si los periódicos tuvieran fisonomía humana, ¡qué gusto me hubiera dado ver la diversidad de colores por que hubieran pasado los rostros de esos apreciables colegas del orden! ¡Quién hubiera visto á *La Epoca*, á *La Iberia*, á *El Imparcial* aparentar la calma con los síntomas de la fiebre amarilla en los ojos! ¡Ni el cólera-morbo dibuja semblantes tan cada- véricos!

El lúnes todo yacia en paz. Al anoecer una misma noticia corria de boca en boca, invadia las oficinas del Estado y se deslizaba sobre la mesa del banquete ministerial.

«Lostau ha defendido á *La Internacional* en el Congreso.»

¡Qué espectáculo han debido ofrecer algunas reuniones! Desmayos, palideces, angustias, indigestiones, retiradas violentas, ocultaciones rápidas, de todo, en fin, cuanto revela el miedo, han debido gozar algunos espectadores tranquilos.

Yo me hago el cargo por lo que han dicho estos dias algunos periódicos:

«¡Ya llega *La Internacional* al Congreso!» gritaba uno, como grita el que se ahoga: «Ya me llega el agua al cuello.»

«¡Qué bien ha hablado el Sr. Lostau!» decia otro, así como si buscara ya simpatías entre los internacionalistas.

«Para que vea Vd. de cuánto son capaces los obreros, ahí tiene Vd. á ese digno sombrero de Gracia que...» añadía otro pidiendo perdon á su manera.

Pero los periódicos que más gracia me han hecho son los que simpatizan con la Partida de la Porra, que ha sido la autoridad que ha prohibido las reuniones públicas de *La Internacional*.

Todos han dicho sobre poco más ó ménos: «¿Ve usted como dejamos hablar al Sr. Lostau? ¿Ve Vd. como queremos discutir? ¿Ve Vd. como queremos democracia? ¿Ve Vd. como hemos dejado que Lostau viniera de diputado? ¿Ve Vd. como no nos hemos irritado como cuando se alude á *inviolable*?»

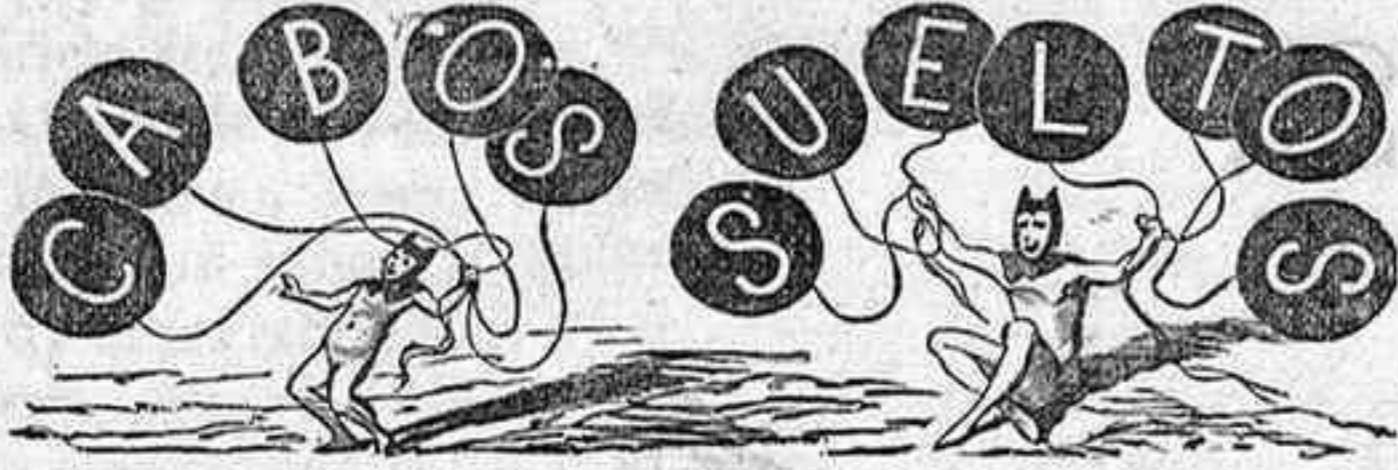
Y de tal modo lo dicen, que casi va á ser preciso darles las gracias porque aun no nos han convertido á todos en picadillo!

Ah, se me olvidaba, tambien dicen: «Pero, hombre, ¡qué valiente es el Sr. Rodriguez!»

A mí, acerca del Sr. Rodriguez, sólo se me ocurre deplorar que se halle en la mayoría. ¡Vamos, no puedo ver con calma que se siente junto á los intransigentes, junto á los que cierran la discusion para el obrero, junto á los que ponen mordazas á los periodistas, junto á los que creen que no se puede aludir al rey porque está por encima de Dios, ni defender al proletario porque le colocan en grado inferior al de los bozales africanos!

¿Por qué no ha de saber la humanidad lo que quiere, lo que desea la parte más numerosa de ella?

LAMELA.



Nuestro distinguido amigo José Fernando González ha publicado un escrito proponiendo que por suscripción nacional se levante en España una buena cárcel-modelo, que considera indispensable para la abolición de la pena de muerte.

*Gil Blas* felicita de todo corazón á Fernando González, y se brinda á secundar inmediatamente el proyecto dentro de la medida de sus facultades.

La redacción del *Gil Blas* ambiciona la gloria de contribuir á tan alto pensamiento, y confía en que sus asiduos lectores le acompañarán en su realización.



¡Luego se quejan los descontentadizos!

Pues los médicos de la beneficencia domiciliaria han cobrado el mes de enero de este año.

¿Eh? Me parece que no pueden quejarse.

Ellos, sí, tienen mucho que hacer, y van y vienen, y suben y bajan; pero no han cobrado febrero, ni abril ni mayo.

Es de presumir que no cobrarán junio.

De suerte que se crían así tan saludables y tan listos.



El día 9 Mr. Thiers ha prometido á la Asamblea que no hará traición á la República.

Entonces, ¿á quién diantre se la prepara?



Se citan los nombres de varios candidatos para el arzobispado de París.

Urge en efecto nombrar arzobispo.

Un arzobispo, con su palacio, su carruaje y sus ricos trajes y sus cocineros, enseña prácticamente la caridad; con su activo trabajo enseña á huir del ocio; con su sueldo de príncipe enseña á contentarse con poco.

Da tanto de sí un arzobispo, que...

Nada: sean Vds. arzobispos ocho días y se convencerán.



No es cierto, como dicen los demagogos, que haya vuelto á España aquel famoso millon y pico de reales. Quien ha vuelto es simplemente el Patriarca de las Indias.

Tampoco es cierto que el Patriarca haya estado nunca en las Indias.



Por el correo interior hemos recibido la siguiente esquela mortuoria:

EL REGLAMENTO DE LA CARRERA CONSULAR

HA FALLECIDO.

D. E. P.

Su desapiadado tutor el Excmo. Sr. D. Cristino Martos, las Leyes Orgánicas, hermanas y los demás parientes,

Ruegan á Vd. se sirva encomendarle á eterno olvido y asistir á la dispersion de sus cenizas, que tendrá lugar en el despacho mortuorio el domingo próximo á las tres de la tarde.

El duelo se despide en el palacio de las Cortes Constituyentes.

Después nos ha dicho un diario de noticias que se buscaba con empeño á los autores de la broma.

¿Para qué?

Descubiertos que sean sus autores, ¿qué se pretende hacer con ellos? Legalmente, nada: á no ser que, como otras veces ha sucedido, se reserve para casos tales aquel *mito* de los trancazos.



—A los estragos y ferocidades de la *Commune* responde el orden con buenos consejos.

—Es verdad: lo único que hace el orden triunfante es instituir consejos de guerra.



Sería inútil y demasiado largo desmentir las parruchas que la prensa realista de España refiere sobre los comuneros de París.

Desistimos de ello.

Recuerde el público que los que han dicho: «La Porra es un mito;» los que han asegurado que se cogían á asesinos de Prim con papeles importantes; los que no han clamado contra la impunidad del asesinato de Azcárraga; los que no claman contra la impunidad del que defraudó al Estado en un millon y pico, esos son los que propalan todo género de invenciones contra los vencidos de París.



En las afueras del portillo de Gil Imon dió voces subversivas un individuo.

Y lo cogieron.

Si mata á Prim ó á Azcárraga, le dejan suelto y prenden á cien republicanos.



Uno de los comisionados españoles que va á regalar dinero al Papa cuando suele faltar el caldo en nuestros hospitales, se llama D. Gabino Martorell.

¡Temblad, pobres ateos!

¡Ya hay en campaña dos Gabinos neos!



El señor ministro de Estado ha mandado formar causa sobre denuncia que se ha hecho de estarse vendiendo condecoraciones.

Hombre... yo no había oído decir una palabra sobre esas ventas.

(Así no me llamarán á declarar.)

¡¡Ejem!!!

(¿Seré yo corrido?)



El lunes hemos sido obsequiados por el dueño del nuevo café abierto al aire libre junto á la Puerta de Alcalá.

Nos recibieron con iluminación á la veneciana, nos dieron música, buen café, mejor chocolate, muestras de cortesía...

Al ver que aun siendo demagogos y proletarios recibíamos tanto obsequio, miramos enternecidos al dueño del establecimiento, diciendo: ¡hé aquí un cortesano de la desgracia!

El sitio es fresco, los géneros de consumo buenos, los precios módicos...

Quiero decir que vayan Vds.



La Milicia de Ricla se ha disuelto.

Preguntarle si se pondría á discreción del gobierno y dejar las armas, todo ha sido uno.

¡Elocuente laconismo!



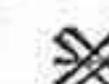
Se están haciendo gestiones para que el ex-general Contreras jure al rey.

No lo extraño: hay hombres que se arruinan buscando el movimiento continuo.



Dícese que los que hacen esas gestiones son amigos del ex-general.

¡Qué amigos tienes, Benito!



En los salones de la Union mercantil se examinan unas bases «para asegurar el trabajo á los operarios y mejorar su condicion.»

Con que ¿es decir que les darán tiempo y dinero para instruirse y educarse? ¿Es decir que en seguida morirá la contradicción económica, y el obrero empezará á ganar algo más que lo absolutamente preciso para atender á sus necesidades? ¿Y el capital perderá su virtud absorbente?

¡Ah!... ¿No va á suceder esto?

Pues voy á echar una siesta mientras se examinan las bases.



De las tres cruces inventadas para ornamento de los voluntarios de la Libertad, la principal es laureada en verde.

Para los efectos de la canción debería ser amarilla y verde.



Leo en un periódico que á la señora duquesa de Montpensier la acompañaba una comision de *personas distinguidas*; que en la estacion del Mediodía la esperaban gran número de *personas notables*, y que por la tarde de tres á cuatro debía recibir á muchas *personas distinguidas*.

Esto no es literatura cursi.

¡Quí! ¡Quí!

La *Politica* dice que la recepción hecha á la señora duquesa de Montpensier demuestra que en España aun existen cortesanos de la desgracia.

En efecto.

Tener enormes riquezas, palacios, trenes magníficos, ¡qué desgracia!

Ser esperanza de un partido político, ¡qué desgracia!

Ser príncipe y librarse de la proscripción que pesa sobre toda una familia, ¡qué desgracia!

El llanto embarga mi voz. No puedo proseguir.

He leído que á la señora duquesa de Montpensier la acompañaron desde la estacion sus leales admiradores.

¡Admiradores!

¿De qué?



Estoy enterado.

«Se trata de organizar una asociación de obreros en contraposición á las tendencias de *La Internacional*.»

Y ¿jugarán los socios á juegos de prendas? ¿O pescarán con caña los domingos? ¿O tomarán el opio?

No sé qué diantre de entretenimiento honesto, pacífico y amodorrante deberán adoptar esos obreros.



Segun me refirió un neo, cuando la limosna atrapa, en tiempo de jubileo, suele decir esto el Papa:

—*Venite perdula gente, mirad el milagro que obro: jubileo os doy clemente mientras yo me jubi-cobro.*

MICALÉ.



Mañana debe repartirse el primer número de *La Ilustración republicana federal*.

Nos pirramos de veras por hacer elogios de esta publicación; pero el decoro nos lo impide, porque ¡sépallo el universo! somos cómplices.

Creemos empero que nos ha de ser lícito recomendarla gustosos, ya que además del director del *Gil Blas*, toman parte en el primer número Castelar, Pi y Margall, Bécía, Rodríguez Solís y otros.

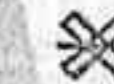
Los grabados que ilustran el primer número son una linda cabecera, retratos de Bécía, Danton y Pérez Guillen (el Enguerino) y muerte de los Girondinos.



A una compañía de voluntarios de la Libertad de Madrid le han robado veinte fusiles.

En 1843 y en 1856 se los quitaron todos.

¿Se acuerda Vd.?



«Producto de una suscripción abierta en Zaragoza, algunos católicos van á regalar al Papa una Virgen.» ¡A su edad!...



Ya que se sacan á luz facsímiles de sospechosa procedencia y de textos absurdos para hacer abominables á los comuneros de París, vamos á copiar una disposición *auténtica*, cierta, no encontrada por sola do alguno, sino publicada en los diarios oficiales y extraoficiales de París.

Dice así la calumniada *Commune*:

*Museo de Historia Natural.*

«Un pueblo libre sabe respetar y hacer respetar lo que á todos pertenece.

»El Museo de Historia Natural, institución científica de la nación, está puesto bajo la salvaguardia de los ciudadanos, los cuales prestarán auxilio á los custodios ordinarios del establecimiento, y en caso necesario obrarán por sí mismos para garantizar los intereses generales.

»Paris 8 de Mayo de 1871.—El delegado administrativo de la *Commune* de París en el Museo de Historia Natural.»

En cuanto á la fé que merece el facsímil mandando incendiar el barrio de la Bolsa, solo diremos que no hemos visto en ningun otro documento de la *Commune* el membrete de «República francesa» que aquel lleva estampado, y que Ulises Parent era persona instruida, redactor de *Le Rappel* con Hugo y Pablo Meurice, y por consiguiente, incapaz de faltas de ortografía y de barbarismos que ningun francés ha cometido jamás.

Si esto les parece á Vds. demasiado sério, considere que todavía es Thiers presidente de la república, y ríanse.



Otra vez se dice que otra vez se ha dado orden para que otra vez se cierren las casas de juego y no vuelvan á abrirse otra vez.

¡Otra vez!

ADMIRABLE Y NUEVO DESCUBRIMIENTO.

El del *Acete de bellotas con sávia de coco equatorial*, recomendado por médicos alópatas, homeópatas, y por más de quinientos periódicos, para lusturar, hermosear, nutrir y reproducir los cabellos, ocultar y precaver las canas, señala una de las épocas mas notables del siglo XIX. En Europa, Asia, Africa, América y Oceanía lo han acogido con entusiasmo todas las clases de la sociedad, postergando las pomadas, aguas y aceites de la perfumería. Se vende á 6, 12 y 18 rs. frasco, con mi nombre en el vidrio, cápsula, prospecto y etiqueta, por haber groseros falsificadores.

Tres Cruces, 1, principal, y Jardines, 5 (vidrieras verdes), Madrid.—El inventor, L. de Brea y Moreno, proveedor de todo el globo.

Pedir mis prospectos, que hay inmensos falsificadores. Nota.—Tenemos Café de Bellotas á 8 y 12 rs. caja de una libra, y la famosa Agua del Parnaso para el tocador, á 8 rs. frasco y 36 rs. botella de dos cuartillos.

MADRID: 1871.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.